

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias: correosales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán á D. LIBERATO MONTELLS y GARCIA, administrador de este periódico.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Martes 7 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

CARBON DE ASTURIAS.

El «Productor Asturiano» se lamenta de la escasa atención que se presta al desarrollo de las cuencas carboníferas y después de manifestar que los carbones asturianos sostienen el movimiento del puerto de Gijón y que los emplean los buques mercantes que antes hacían exclusivamente uso de los carbones ingleses, añade:

«Ahora bien: Si esto es cierto pues que lo vemos todos los días; si los numerosos vapores que pertenecen a nuestra matrícula y muchos de los que sin pertenecer a ella hacen escala en nuestro puerto se proveen aquí de aquí el combustible; si todos ellos están contentos con los carbones asturianos dan los mejores resultados y reúnen las más recomendables condiciones; si la industria les dispensa una favorable acogida; ¿qué razón puede existir para que nuestra Armada Nacional tenga que proveerse en Inglaterra del carbón que necesita para los muchos buques de vapor con que cuenta? Porque si su gobierno no tiene dispuestas nuestras cuencas hullaeras la acogida protección que se merece, en vez de otorgarla a los carbones extranjeros en perjuicio de los que aquí se han consagrado en este terreno al fomento de la riqueza nacional? ¿Porqué hemos de permitir por más tiempo ser tributarios de una nación extranjera, siendo así que nosotros contamos con elementos propios para cubrir nuestras necesidades así en la navegación como en la industria?»

La dependencia que sobre este particular nos he llamado habla muy poco en nuestro favor, y es necesario que cuanto antes desaparezca, porque así cumple á nuestros intereses y á nuestro decoro nacional. España no necesita importar carbones de nación alguna. España tiene superabundancia de este combusti-

ble en las cuencas carboníferas con que cuenta, y preciso es convenir en que no existe razón económica ni fundamento alguno para que consumamos los carbones ingleses cuando en Asturias, León, Córdoba, Palencia y otras muchas y ricas comarcas hullaeras que, por no estendernos demasiado dejamos de referir, la naturaleza pródiga nos los ofrece en cantidad bastante á cubrir todas las necesidades de la fabricación y fundiciones metalúrgicas montadas en estos últimos años en toda la península, pudiendo después de todo contar con un sobrante de consideración para concurrir á los mercados extranjeros, sobrante que aumentará de una manera fabulosa tan pronto como la explotación haya llegado á su apogeo.

No nos declaramos aquí partidarios del libre-cambio, ni entra tampoco en nuestro propósito defender en el presente artículo el sistema proteccionista.

Creemos sí, que mientras que nuestros carbones reúnan las condiciones con que hoy cuentan, el gobierno no debiera tenerlos tan en olvido, y desde luego esperamos que algo le inspire en su ánimo nuestros razonamientos, pues nada más justo que trabajar por el incremento y desarrollo de la explotación minera nacional, como la base más sólida que es de nuestra riqueza y de nuestra importancia entre los demás países productores.

MISCELÁNEA.

De una correspondencia de París que publica «La Crónica de Cataluña» tomamos lo siguiente:

Todos sabemos hasta donde puede llegar la agilidad de los saltimbanquis, pues serán muy pocos los que no habrán aplaudido los trabajos de los más célebres gimnastas, de los Leotardi, los Rizzarelli y otros muchos.

Nadie ignora, pues, qué modo y con qué facilidad puede uno rom-

perse la cabeza en esos vuelos aéreos de un trapecio á otro, sinó con los ojos vendidos; y ciertamente que á nadie se le hubiera ocurrido que hubiese un hombre bastante atrevido para inventar saltos aun más terribles y arriesgados. Y sin embargo, esto es lo que acaba de tener lugar en París. Un discípulo de Guttemberg, un obrero tipógrafo, escaso de trabajo ó aspirando quizás á una gloria dudosa, entusiasmado sin duda por las matemáticas concepciones de Julio Verne, ha querido poner en práctica la atrevida fantasía del autor del «Viaje á la luna» en materia de locomoción.

Digamos en seguida que nunca ha intentado llegar á la luna, cosa que no es, sin embargo, tan difícil como parece á primera vista; desde que han visitado aquel planeta tantas noches consecutivas los actores del teatro de la «Attie»; lo único que hace aquel pobre hombre es elevar un trapecio colocado á cierta distancia disparado como una bala por una pieza de artillería.

No hace muchos días en el Circo de invierno, tuvo lugar una reunión en la que este hombre dió muestras de su habilidad. Hé aquí en que consiste dicho ejercicio. Aquel hombre se introduce á manera de proyectil en un obuz colocado en la escena, y con el impulso del disparo alcanza un trapecio colocado en el centro del teatro, á catorce metros de distancia, donde ejecuta luego varios trabajos gimnásticos.

La primera noche todo pasó perfectamente; pero en la segunda, fue así porque no estuviese bien calculada la carga ó porque el artillero apuntase mal, no llegó á tocar sino con la punta de los dedos el trapecio y cayó dando media vuelta, yendo á dar de cabeza sobre la balustrada de donde pende la red de seguridad; todo el mundo le creyó muerto al verle caer de revote y rodando por esta; pero afortunadamente los médicos que le auxiliaron declarando luego que solo había recibido una herida de poca gravedad.

Después de haber visto trabajar hombre cañon, como se llama al célebre Holtum, quien recibía en sus

manos una bala de cañon disparada á diez pasos de distancia, creíamos que no se podía ir más allá en tales ejercicios; pero es preciso confesar que nos habíamos equivocado.

Y preguntamos ahora, ¿se tendrían nervios las señoras que asistían á tal función? Por supuesto que mirarían con horror una de nuestras corridas de toros, pero ver disparar un cañon cargado con un proyectil humana ¡vaya! ¿qué qu' e'est qu' ca?»

Un corresponsal naval de Tyne, dice el «Correo de Liverpool», acaba de someter al almirantazgo inglés el plano de un nuevo género de ariete, destinado especialmente á la defensa de las costas. Los miembros del almirantazgo concibieron tan alta y tan favorable idea del proyecto que ha dispuesto sea desde luego sometido al exámen de peritos.

El casco tendrá de eslora 150 pies y 55 de manga; y el puntal está calculado de manera que no necesitará más de seis pies de agua para mantenerse á flote. Sus costados estarán protegidos por un blindaje de hierro de seis pulgadas inglesas de espesor en la línea de flotación, pero que irá disminuyendo por encima y por debajo de dicha línea.

Lo que distingue particularmente á este barco es que estará herméticamente cerrado, salvo en 5 ó 6 sitios donde se establecerán tubos para la ventilación del interior. Esta máquina de guerra, tendrá, estando en el agua, el aspecto de una tortuga; y todo el que intente abordarla por el combés será barrido por chorros de vapor.

Este ariete irá armado con dos pequeños cañones, que solo se emplearán para hechar á pique las chalupas que quisieren atacarlo. Su poder ofensivo consiste en su velocidad y en su fuerza de abordaje que le permiten clavar un espolon que lleva colocado á cuatro pies bajo el nivel del agua, en el costado del barco que ataque.

Dicen que el nuevo invento tendrá la inapreciable ventaja de no irse á fondo cualquiera que sea el número de proyectiles que le batan